

todas partes, y los Jefes imperialistas más comprometidos, los que sabían que para ellos sería inflexible la ley, desaparecieron de la escena. Márquez se escondió empolvando quien sabe en qué sótano sus laureles y cruces militares: y lo mismo hicieron Vidaurri, O'Horan, Galvez, Ramirez Arellano y otros.

El General Porfirio Díaz, en tanto, creyó que había llegado la hora de ocupar ya la capital de la República, y comenzó á dar sus disposiciones para el asalto. Pero al amanecer el día 20 de Junio la plaza sitiada enarboló bandera blanca de parlamento.

El General Alatorre, en nombre del General en Jefe, recibió á los comisionados que venían á tratar de la redición pidiendo garantías; pero el Jefe republicano les contestó que no estaba facultado para hacer concesión alguna, y que solo admitiría se rindieran á discreción.

Los comisionados volvieron á la ciudad, que aguardaba aterrada la suerte que le impusiera la voluntad del vencedor.

Como espiraba el plazo señalado por el General Díaz para la rendición de la guarnición, y no se recibiera respuesta alguna, comenzaron las columnas republicanas á organizarse para el asalto, y las baterías del ejército sitiador rompieron el fuego sobre la ciudad, arrojando sobre ella infinidad de granadas y bombas.

En el acto volvieron á izar la bandera blanca y Tavera, que había quedado con el mando de la plaza desde que el Lugar-teniente se escondió, se rindió con toda la guarnición imperialista que estaba á sus órdenes.

El General Porfirio Díaz en nombre de la República libre é independiente ocupó la capital, arrancando de las armas de la gran ciudad la corona imperial que había grabado en ellas la ensangrentada espada de la invasión extranjera.

## CONCLUSION





ASO á paso hemos seguido esa estela de gloria que dejó el caudillo de Oriente en su brillantísima carrera militar, desde que comenzó á combatir, oscuro miliciano, en un remoto rincón del país por la libertad y la Reforma, hasta que, agobiado de laureles, llegó á ocupar la capital de la República, despues de haber salvado la independencia y autonomía de ésta.

Pero nunca fué más grande el General Porfirio Díaz que en medio de aquel triunfo. Imperando en todos los Estados de Oriente más que por los poderes omnímodos que le había otorgado el Gobierno General, por las exigencias imperiosísimas é indiscutibles de la guerra, árbitro de la suerte de millares de prisioneros, de todo el partido conservador, y de la clase acomodada que por sus ligas con el imperio, había llamado sobre sí el anatema que la ley lanzaba sobre la traición, y facultado para disponer de los tesoros públicos y de la fortuna de los ricos, heridos por la pena de la confiscación, el General Díaz no usó de su poder sino para crear y organizar la administración, para atenuar la desgracia de los vencidos, y para mejorar las condiciones de una sociedad arruinada por la guerra, y saqueada con las exac-



ciones, las tropelías y los repugnantes abusos de los imperialistas que, en los últimos días de su dominación, se lanzaron al crimen, dementes por el despecho y ébrios de terror.

La capital de la República que temblaba al ver acercarse las huestes republicanas, porque se sentía en su conciencia cómplice del imperio ó culpable por lo ménos de egoista indiferencia, al no tomar parte en la lucha que sostuvo todo el país, la capital que temía por sus intereses, creyendo que los vencedores llegarían ávidos de venganza y de rencor, sintió un placer inmenso al ver que el caudillo de Oriente y su heroico Ejército fueron los mejores guardianes de las garantías individuales, del orden y de la verdadera libertad.

Porfirio mandó hacer violentamente un inmenso acopio de víveres en la ciudad, que en los dos meses de sitio había sufrido los horrores del hambre.

Reprimió con mano enérgica el robo, organizó la administración municipal y la de justicia, y arbitró los recursos necesarios para su numeroso Ejército, sin una exacción, sin un impuesto extraordinario, y empeñando solo su crédito personal y usando los recursos naturales que había organizado previamente.

Todos estos actos los consumó el joven General sin la menor jactancia de poder, cuando podía, con pleno derecho, ejercer una perfecta dictadura militar.

Ni al Palacio Nacional quiso asistir el Señor Díaz, y el despacho de los asuntos públicos lo hacía en Minería, viviendo en una modesta casa, casi desamueblada, en un punto lejano del centro y sin tener en ella ni una guardia de honor.

El Gobierno general en tanto se acercaba á la capital de la República, donde fué espléndidamente recibido, gracias al empeño que tomó el General en Jefe en que se solemnizara debidamente la restauración de la República en la capital.

Por orden del Señor General Díaz se entregaron al Ayuntamiento veinte mil pesos para los gastos de la recepción del Señor Juárez y su gabinete, y veinte mil pesos en la Tesorería para poder ministrar una quincena de la lista civil al personal del Ejecutivo y sus empleados.

Pero hay que consignar aquí un hecho que constituye el mejor

timbre de gloria del General Díaz y es, no solo su acatamiento al Gobierno legítimo, sino el apresuramiento con que se desprendió de las facultades extraordinarias de que se encontró investido durante la guerra, y aún del puesto altísimo que tenía en el Ejército.

Y este acto de abnegación tuvo lugar, no cuando con su admirable tacto político comprendió que su gloria podía hacer sombra al receloso principio de autoridad del Gobierno, sino desde el momento en que la guarnición imperialista de la capital se entregaba prisionera.

En efecto, con fecha 21 de Junio de 1867 Porfirio Díaz dirigió al Ministro de la Guerra una nota en la cual no solo ponía á disposición del Gobierno la capital que acababa de rendirse á su espada victoriosa, sino que hacía formal dimisión del cargo de General en Jefe del Ejército y línea de Oriente, por no creer ya necesarias las omnimodas facultades de que estaba investido, ni útil su permanencia en aquel puesto.

En aquellos momentos el General Díaz demostraba que en su alma espartana no había el menor sentimiento de ambición, y que su honradez era intachable.

Al entregar el alto puesto que había conquistado dejaba al Gobierno Federal \$315,000. 70 cts. que había recaudado, y que economizó después de haber mantenido un Ejército numeroso, y de haber cubierto las más imperiosas necesidades de la administración.

El General Díaz, después de haber ejercido un poder amplísimo en ocho Estados de la República, pudiendo disponer de sus rentas y aún de los bienes de los particulares, hizo una campaña espléndida sin recaudar más que los impuestos legales, dando á los pueblos seguridad y garantías, y dejando en las arcas de la Nación un sobrante más que suficiente para que el Gobierno pudiera subvenir á sus primeras y más ineludibles erogaciones.

Y volvió el héroe á su hogar pobre como siempre había vivido, sin acordarse de reclamar á la Nación el premio de sus servicios.

En esos momentos surgió una evolución sociológica, que ha pasado desapercibida por los escritores contemporáneos, pero que los



historiadores que en el futuro se ocupen de este periodo recogerán cuidadosamente, para estudiar esa marcha inflexible de los pueblos que, para dar un avance en la senda del progreso, como si quisieran tomar aliento, retroceden un paso ó dos al campo de la reacción.

En efecto, uno de los Ministros más ilustrados y enérgicos del Señor Juárez, el mismo que más tarde había de promulgar la incrustación de las leyes de Reforma en la Constitución de 1857, el Señor Lerdo de Tejada en suma, publicó en 14 de Agosto de 1867 la célebre convocatoria, que proponía á los comicios algunas reformas constitucionales y daba al clero derechos de ciudadanía.

Ni la naturaleza de esta obra ni nuestro carácter de simples narradores de hechos militares nos permiten juzgar aquel acto del Gobierno republicano, que revindicaba á una corporación que acababa de consumir con toda deliberación el crimen de traición á la patria.

Tenemos pues que limitarnos á consignar que el partido radical y los republicanos se apresuraron á condenar la convocatoria, levantándose contra ella un grito unánime de reprobación en todo el país.

El General Díaz creyó de su deber, obligado por alguna falsa aseveración de la prensa, hacer constar que, fuera de su carácter militar, no apoyaba la convocatoria por no creerla conforme con las prescripciones constitucionales.

Desde entonces el partido radical lo consideró como su Jefe legítimo, depositando su entera confianza en el soldado que desde su juventud luchaba con brío, constancia y fortuna por la Libertad, la Independencia y la Reforma.

Pocos días después el Gobierno lo envió á Tehuacan como Jefe de la segunda División del Ejército, á la vez que quitaba al General Mendez del Gobierno de Puebla, al Coronel Catalan de Guerrero, y de otros puntos de igual importancia á los demás amigos y compañeros del héroe oaxaqueño.

Este vino entonces á conferenciar con Juárez, anunciándole que la política ministerial iba á suscitar una nueva guerra intestina, y que el que no había esquivado sacrificio alguno combatiendo al extranjero, no podía empuñar su espada contra los que le habían ayudado á salvar la independencia.

Pero el Señor Juárez se negó á cambiar de táctica, creyendo que el principio de autoridad se había conquistado definitivamente.

El General Díaz hizo entonces dimisión del mando, y se retiró á una pequeña finca de campo que como muestra de gratitud le había donado el Estado de Oaxaca. Allí se consagró á cultivar sus mezquitas tierras; y allí era más grande el vencedor de Puebla y México que en el apoteosis de la victoria.

Tocamos aquí el fin de la vida del soldado de la República y de la independencia: consagremos ahora algunas líneas más al hombre de Estado, al Magistrado que preside la verdadera regeneración de México.

Sin fatiga ni cansancio hemos recorrido un largo período histórico de doce años, desde 1855 en que Porfirio Díaz, sin ningun carácter militar, tomó parte en la revolución de Ayutla proclamada en Oaxaca, hasta 1867 en que ocupaba el caudillo de Oriente la capital de la República, después de las legendarias campañas que hemos narrado.

Pero al llegar á la cima, á la cúpula de nuestra obra, tenemos que detenernos, porque la empresa es superior á nuestras fuerzas.

Es que debemos emplear un material candente: es que para delinear los grandiosos sucesos que constituyen la vida política de nuestro biografiado tendríamos que remover las pasiones políticas que por tantos años dividieron al partido republicano, que juzgar á las prominencias de los bandos contrarios, y que tomar un puesto en los debates agitadosísimos que en la prensa y en el Parlamento sostuvieron los tres grupos en que se fraccionaron los demócratas, juaristas, lerdistas y porfiristas, debates que se tradujeron en una verdadera revolución, debates que buscaron sus últimos argumentos en los campos de batalla, y que se resolvieron en torrentes de sangre, que corrió de nuevo en los campos surcados por las ruedas del cañón.

Y no nos encontramos capaces de entrar en ese terreno con la imparcialidad y el rectísimo criterio que deben inspirar al historiador.



Aunque en una reducida esfera hemos sido de esos combatientes: aunque nuestros pretéritos sentimientos se han desvanecido ante la reconciliación presente de todos los partidos, desconfiamos, no de nuestra rectitud civil, sino de nuestra capacidad intelectual para afrontar las altas cuestiones sociales y económicas que tuvieron su solución en manos del héroe cuya vida militar intentamos reproducir.

Oscuro soldado de la Patria, no me es dado plantear y resolver los problemas de nuestra última evolución política.

Solo diré, pues, que el General Díaz logró consumar la obra en la cual se habían estrellado muchos caudillos ántes, la formación del gran partido nacional, en el cual ingresaron sin distinción alguna los factores más heterogéneos, los hombres de todos los partidos que ántes se creían irreconciliables, y que hoy están íntimamente ligados por una mira comun, la conservación de la paz y el engrandecimiento de la Nación.

No puedo ni debo por tanto llevar el menor gérmen de división á ese concierto de patriotismo, y mucho ménos en esta obra que al trazar la vida militar del Señor General Díaz sintetiza la gloria de un pueblo entero, la epopeya inmortal de la República.

Estas altísimas consideraciones me han obligado á no abarcar en mi cuadro histórico ni el exordio de la última evolución histórica, exordio que se llamó la revolución de la Noria, ni la de Tuxtepec que fué la consumación de la crisis que necesitaba el país para entrar á su regeneración.

Me limito, por lo tanto, á bosquejar la misión política del caudillo que escogió el pueblo mexicano para que lo guiara en el nuevo sendero que iba audazmente á tomar.

El inmortal de América había consumado su obra: el ilustre Juárez había realizado lo que ántes que él no había alcanzado héroe alguno, dar á su patria una vida nueva de libertad y progreso, y salvarla de una invasión extranjera.

Concluida su misión, continuó sin embargo en el poder: su primera elección era forzosa; el pueblo tenía el deber de elevar á la primera Magistratura al que había mantenido muy alta la bandera nacional durante la lucha con el extranjero. Y el pueblo dió esa muestra de su amor y su respeto al Señor Juárez, colocándolo bajo el dosel de donde intentaron arrojarlo tres naciones, como el último reto á éstas, como la última protesta de la dignidad de México.

Pero vino la segunda reelección, y comenzó á sentirse el malestar público que precede á los procesos febriles de los pueblos.

Es que el Señor Juárez y el círculo que lo rodeaba, nutridos en la lucha, impregnados en las pasiones de su época, olvidaron que la sociedad no se satisface con discusiones abstractas, sino que necesita tambien todo lo que desarrolle sus fuerzas y mejore su vida material.

Y en manera alguna culpamos á los hombres del pasado por su actitud de entonces: reconocemos, al contrario, que ellos sentaron las primeras bases del progreso; pero las generaciones del porvenir son las que están lógicamente llamadas á continuar la evolución preparada; y la política del gabinete juarista era eminentemente inerte y retardataria.

Sin embargo el Gobierno del Señor Juárez logró sofocar casi la revolución de la Noria, porque el pensamiento radical de ésta no había madurado aún; pero quedaban vivos y llenos de vigor elementos poderosísimos de revolución, que ninguna fuerza material podía destruir. Porque no se trataba, como en los primeros días de nuestras revueltas políticas, después de hecha la primera independencia, de motines militares fraguados por la ambición personal ó por los mezquinos intereses de partido.

En esta vez germinaba latente en el seno de la República una verdadera revolución, que envolvía un problema económico. El país había llegado al inevitable período en que tras una dolorosa gestación se dá á luz el verdadero progreso, y nada podía impedir este cataclismo social.

Todavía se escuchaban los últimos tiros que hacían los dispersos de la revolución de la Noria, cuando al amanecer el 18 de Junio de 1872 el estampido del cañon anunció al país, desde el Palacio Nacional, que había muerto el Señor Juárez. Y al entrar á ocupar el Señor Don



Sebastian Lerdo de Tejada el Poder Ejecutivo por ministerio de la ley, depusieron las armas los porfiristas, porque había cesado la causa que los hizo lanzarse á los campos de batalla.

El Señor Lerdo, á pesar de su clarísima inteligencia, incidió en la misma falta política que su ilustre antecesor, calificando al porfirismo como un partido personal, no sabiendo preveer que aquella agrupación era sólo la resultante de una crisis social, que preparaba la era nueva en que iba á entrar la Nación.

Se equivocan los que creen que los hombres hacen las revoluciones: éstas son las que levantan á aquellos, como en los grandes períodos geológicos el fuego interno abrió los abismos donde se depositaron los mares, y elevaron las altísimas montañas que esconden sus cimas coronadas de nieves eternas en el seno de las nubes.

En ese inmenso y poderoso factor que se llama el pueblo hierve la lava que determina esos terribles cataclismos. Allí se resuelven los grandes problemas económicos y sociales que no pueden manifestarse sino después de un desgarramiento en la vieja y endurecida costra del pasado. Y entonces se producen los caudillos que llevan al pueblo á la lucha, los combatientes que remueven los obstáculos que opone un poder estacionario, y los apóstoles de la nueva idea de regeneración.

El Señor Lerdo por una ceguedad inesplicable, en lugar de seguir el impulso que se adivinaba en las masas impacientes, al entrar al poder por haber sido electo Presidente de la República se ligó al partido reinante que ántes había combatido, adoptó la vieja política que como jefe de una oposición había reprobado, y se fundió en el círculo juarista cuya impotencia política había podido apreciar.

En vez de ponerse al frente de la evolución que tan vigorosa se anunciaba, ántes que se convirtiera en revolución, se empeñó en contrariarla: y en lugar de atraerse á sus antiguos aliados en la oposición parlamentaria que se hizo al Señor Juarez, siguió las tradiciones de éste, su programa, y hasta con su mismo gabinete.

Cuatro años aguardó resignado el país que Lerdo iniciara una época de progreso y mejoras materiales que reanimaran á una sociedad agotada por tanta lucha, y desarrolláran los inmensos elementos

de nuestra riqueza territorial. La nueva administración continuó las viejas prácticas del pasado, ocupándose de cuestiones políticas inútiles y vanas, cayendo al fin cloroformado en la apatía y en la inacción.

Entonces se hizo la revolución de Tuxtepec, que tras de la fórmula convencional de su programa, ocultaba algo misterioso y desconocido, la vaga tendencia del pueblo mexicano á dar un paso más en la senda del progreso y la regeneración.

Los espíritus vulgares no comprendieron lo trascendental de aquella revolución que iba á imprimir al país una forma enteramente nueva, y á abrirle horizontes brillantes y desconocidos. El Gobierno mismo solo vió en aquel movimiento insurreccional un motin de pretorianos, que intentaban levantar á un caudillo nuevo sobre el pavéz.

La banca de México, medrosa como son siempre los poseedores del caudal, no tuvo confianza en la evolución que se iniciaba, al mirar que la presidían las prominencias del partido democrático: y se ligó entonces con el partido moderado, engendrando el plan de Salamanca, que á pesar de contar con poderosos elementos de dinero y fuerza armada, no era viable, porque guardaba en su seno una contradicción monstruosa de principios que hacía imposible su consolidación. Al erigir Iglesias una legalidad revolucionaria, rompiendo sus propios títulos, estaba herido en su base fundamental.

En tanto el Señor General Porfirio Díaz había acudido al llamamiento que le hacía la patria, y lanzándose á la lucha, apareció en la frontera, empuñó las armas, combatió con éxito vario, recorrió, levantando legiones, el Nordeste; prodigó su vida á los campos de batalla, y después de haber luchado con las olas para llegar á las playas de Veracruz, logró unirse á las huestes regeneradoras de Oriente.

Dió forma y organización al Ejército del pueblo y se presentó al fin en los campos de Tecuac donde lo aguardaban las fuerzas federales, poderosas por su organización, por sus elementos militares y por su reputación de valientes.

Allí había agotado el Gobierno sus últimos esfuerzos. El Señor Lerdo se sentía en el vacío, sin popularidad y sin vigor. En vano se había desprendido á última hora del gabinete juarista, llamando á sus amigos que había alejado del poder: era ya muy tarde. Una derro-



ta, la de Tecuac, bastó para derribarlo, obligándolo á marchar al extranjero.

Aquí termina nuestra misión, porque ni en el reducido espacio de esta obra podríamos hacer la historia de las administraciones emanadas del plan de Tuxtepec, ni nos lo permite el plan de nuestro libro.

El Señor General Díaz ha sido elevado al Poder Ejecutivo tres veces por el voto de la Nación entera, que ha visto en el caudillo de Oriente no solo el celoso guardian de las instituciones republicanas, sino el administrador honrado é inteligente que ha realizado el verdadero pensamiento de la revolución de Tuxtepec, la regeneración del país.

No necesitamos para demostrarlo más que hacer la síntesis de lo que se ha realizado en doce años: el nombre de México respetado y estimado en el extranjero, y su crédito tan alto que tiene abiertos todos los bancos y todos los mercados de Europa.

Y en el interior desarrolladas todas las industrias, prosperando el comercio, progresando la riqueza material, aumentando la población, la agricultura fecundando los terrenos desiertos y baldíos, comunicadas todas las poblaciones, aún las más pequeñas, por el alambre telegráfico y cruzado el territorio por grandes vías férreas y numerosos ramales, que derraman por todas partes la riqueza y la prosperidad.

El Señor General Díaz en fin ha coronado su gloriosísima carrera militar con dos grandes obras que serán el mejor timbre de su historia, la sólida afirmación de las instituciones republicanas y la inapreciable consolidación de la paz.

La posteridad colocará su nombre entre los de los héroes que han merecido bien de la Pátria.

México, Septiembre 15 de 1889.

General

Ignacio M. Escudero.









